

San Paulino de Aquilea (11 de enero)

Martirologio romano: En Forlì, ciudad de la región de Venecia, san Paulino, obispo de Aquilea, que se esforzó en convertir a los ávaros y a los eslovenos, y presentó al rey Carlomagno un poema insigne sobre la Regla de la fe.

BREVE BIOGRAFÍA

Sobre la vida de Paulino de Aquilea poseemos pocos datos ciertos. Nacido, según la tradición, entre el 730 y el 740 en Friuli, en Premariacco, junto a Cividale, completó aquí su formación literaria y religiosa. Probablemente ya gozaba de notoriedad cuando, en torno al 776, fue llamado a la corte de Carlomagno, que acababa de derrotar a los longobardos conquistando Friuli. Aceptada la invitación de Carlomagno, Paulino pasó algunos años a su servicio, ejerciendo las funciones de *magister grammaticae*.

Miembro de la academia palatina, donde tomó el nombre de Timoteo, amigo de Alcuino y de Angilberto (este último fue también alumno suyo), **Paulino fue sin duda uno de los hombres de punta de la elite cultural en la que se apoyaba Carlomagno**, incluso después del nombramiento como patriarca de Aquilea (787), sugerida por el mismo Carlomagno. De regreso a Italia, Paulino desempeñó un papel de primer plano en la política eclesiástica franca, sobre todo con relación a la herejía adopcionista, que, nacida en España por obra de Elipando, primado de Toledo, y de Félix, obispo de Urgel, había tenido inmediata difusión más allá de los Pirineos. **Presente en el concilio de Ratisbona, (792), donde fue condenado por primera vez el adopcionismo, y después en el de Frankfurt (794), que rechaza nuevamente las tesis heréticas, Paulino defendió la ortodoxia católica** en *Libellus sacrosyllabus episcoporum Italiae*, escrito con ocasión del concilio de Frankfurt en nombre de todos los obispos italianos, y más tarde (probablemente entre el 798 y el 800) en los tres libros del *Contra Felicem* compuesto a petición de Carlomagno.

El planteamiento monotemático del *Libellus* es superado, al menos en parte, por Paulino en el *Contra Felicem*, que, analizando los puntos cruciales de la herejía, pone a punto una respuesta más amplia y articulada, que refleja probablemente también los diversos momentos en que se redactan los tres libros (el primero ve la luz en el período anterior al concilio de Aquisgrán del 799 u 800, el segundo y tercero en el período posterior). Aun sin llegar probablemente a comprender hasta el fondo las instancias camufladas tras las posiciones heréticas, Paulino intuye que el problema planteado por los españoles no se refiere tanto y sólo a la unidad de la persona, sino también y sobre todo a la naturaleza humana de Cristo, y por consiguiente afronta este aspecto (a

diferencia de cuanto había hecho en el *Libellus sacrosyllabus*), si bien dando al mismo una solución opuesta a la sugerida por los adopcionistas.

En los mismos años Paulino hubo de abordar otra importante cuestión teológica, la del Filioque, es decir, la procesión del Espíritu Santo del Hijo, además del Padre, que fue debatida en el concilio de Cividale (796 o 797), convocado por él mismo. En efecto, el concilio de Constantinopla del 381 había afirmado que el Espíritu Santo procede del Padre, sin hacer ninguna mención del Hijo, y esta fórmula había entrado a formar parte del símbolo de fe (*qui ex Patre procedit*). Pero en Occidente, y precisamente en España, se sintió la necesidad de completar tal expresión con la añadidura del *Filioque*, es decir, con la afirmación de que el Espíritu Santo procede también del Hijo. La nueva fórmula

fue acogida después asimismo por el clero franco, mientras que el papado, preocupado por no suscitar la reacción de los orientales, aun sin tener dudas acerca de la verdad de la afirmación, se mostró contrario a la inserción del *Filioque* en el símbolo constantinopolitano. Concretamente, entre finales del s. VIII y comienzos del s. IX, la cuestión ocupó el centro de un amplio debate que tuvo por protagonistas, por un lado, precisamente al papado, favorable, como se ha dicho, a la doctrina del *Filioque*, pero no a la añadidura de esta expresión en el símbolo, y, por el otro, a los teólogos francos, interesados en cambio en un reconocimiento de la verdad del *Filioque* también dentro del símbolo.

En el concilio de Cividale Paulino se afanó además en demostrar el fundamento teológico de la expresión, poniendo el acento sobre la consustancialidad y la inseparabilidad de las personas de la Trinidad, para llegar a la conclusión de que el Espíritu Santo no puede no proceder del Hijo igual que del Padre. Él repropuso, pues, ante la asamblea el símbolo con la añadidura del *Filioque* e ilustró con amplitud su contenido.

Teólogo de notable profundidad de pensamiento, Paulino se vio involucrado también en otras lides. En el 796, con otros obispos, participó en la expedición de Pipino, rey de Italia, contra los ávaros, que concluyó con una asamblea en el Danubio, convocada por el mismo Pipino, en la que los prelados discutieron el problema de la evangelización de los vencidos, llegando a definir una línea de acción que preveía un acercamiento gradual y no forzado de las poblaciones al cristianismo.

Su conocimiento de la situación eclesiástica le permitió denunciar con firmeza ante Carlomagno el mal comportamiento de los obispos, cuyo escaso interés pastoral censuraba (epístola de la edición MGH). Paulino murió en Cividale el 11 de enero del 802 y fue sepultado en la catedral, donde todavía se conservan sus restos. Venerado como santo sobre todo en Friuli.

Texto de A. Degl'Innocenti

